

Una vez más el destierro venía a interrumpir sus sueños igualitarios. Una vez más, se encontraba lejos de su patria, de su hogar y de sus amigos.

X

Una obra mística

Durante los años que Bilbao residió en el Perú no sólo se preocupó de atacar al Gobierno y predicar entre la juventud nuevos credos políticos y sociales: su vida austera y laboriosa dejábale frescas horas de descanso que el escritor dedicaba enteramente al estudio y a sus labores ideológicas. Más que en otra ciudad de América, en Lima, ciudad de los Reyes, fastuosa y colonial, su espíritu cultivó como nunca en sus días de meditación y de serenidad, fuertes ideales de perfeccionamiento místico. Relee una vez más los libros de su maestro muy amado Lamennais, visita frecuentemente las viejas iglesias y los anchurosos palacios que, a través de los siglos, parecen conservar las huellas profundas del

fastuoso cortejo de los virreyes. Lima le evoca la historia rica y magnífica de la América colonial: su vida característica, el poder del catolicismo mantenido con el triple espanto de los tribunales de la Inquisición; y, en medio del fasto, de la sangre, de las intrigas, de la riqueza y de la corrupción, ante sus ojos de soñador cobra extrañas proporciones la figura de aquella Santa Rosa seráfica y divina, nacida en aquel ambiente como un lirio entre maraña de zarzas y de espinas.

Advertíamos antes ya que la poco firme cultura científica de Bilbao le facilitó siempre sus arranques imaginativos al tratar de los más arduos problemas del espíritu. Hasta la época de su segunda permanencia en Europa vivió siempre en un estado de incertidumbre curiosa y sintomática. A veces sus divagaciones hacen pensar en un cristiano primitivo que, en fuerza de seguir tan de cerca las enseñanzas y doctrinas de su maestro Lamennais, se contagia con ellas hasta el punto de perder completamente su independencia ideológica; otras sus muy asiduas lecturas racionalistas le inspiran palabras de rebelión inauditas; y, en la mayoría de las ocasiones, sus escritos hablan de un espíritu ingenuamente místico, dulcemente apostólico, hasta las más hondas embriagueces. Entonces el problema religioso es para su curiosidad intelectual el punto céntrico de toda aspiración ética. Todo su idealismo de perfec-

tibilidad moral descansa sobre el imperativo categórico religioso. En cierta parte de su escrito "Estudios sobre la vida de Santa Rosa de Lima", asegura que la afirmación de las ideas de bondad, belleza, justicia, destino del hombre, hacen la religión y ellas determinan la moral. Y, luego, al consignar que las revoluciones son una consecuencia de la transformación del dogma o de una variación en la concepción de Dios, escribe: "Es por esto que hace tiempo hemos afirmado, confirmándose cada día esa afirmación, que la vida de los pueblos es la acción de sus dogmas".

Bilbao, ardorosamente inquieto, procurando buscar siempre una perfectibilidad en las criaturas, no reparaba en la calidad ni en la circunstancia del sacrificio, con tal de que él llevase al renunciamento y a la dominación del orgullo. La lectura de los Evangelios y de las obras de su maestro muy querido Lamennais, no hicieron más que afirmar día a día su ideal de cristiano, su ardiente sed apostólica. Él, que por sobre todo amaba la libertad; él, que predicaba el odio a la exterminación contra la tiranía y contra los opresores del pueblo, ¿cómo era posible que tolerara más tarde, hasta el advenimiento del despotismo y de la aristoeracia con tal de que se conservase la integridad del divino testamento? "Es necesario, pues—decía—conservar la integridad del divino testamento, la revelación primitiva y univer-

sal que alumbra a toda inteligencia, para salvar del quietismo que anula, de la bestialidad que degrada, del escepticismo que anarquiza, de la indiferencia que egoísta, o del individualismo que despotiza, cualquiera que sea su máscara, theocracia o monarquía, sea aristocracia, o partido o democracia.”

Por esto, porque amaba en el Evangelio el espíritu de sacrificio y de abnegación y porque él era fuente de fortaleza, creyó poder buscar en la vida de los santos un ideal que reflejara la grandeza de Dios y las excelsitudes todas del espíritu. “Las alturas sobresalientes—escribía—de la humanidad, son los santos y los héroes, que, como las torres de los templos o la bandera de la patria que flamea, son los primeros y los últimos objetos que reciben y conservan la luz del sol”. Así, en su anhelo de encontrar un tipo de entereza espiritual en las tierras del Nuevo Mundo, sus ojos hubieron de reparar en aquella pura y casta doncella, blanco lirio regado con las primeras gotas del sacrificio en la opulenta ciudad de los virreyes. Y no es el Bilbao escéptico de los cuarenta años el que recorre tal vida analizando fríamente el martirologio que fué la existencia sencilla de la santa, sino que el joven apóstol ardoroso de los treinta años, en cuyas retinas aún se reflejaba el espanto de la cruda carnicería de los días de Abril en Santiago. Ardiente amator de todo sacrificio, Bilbao admira la divina locura de aquella

blanca rosa del Señor crecida en sus dulces vergeles; aspira su aroma y deposita junto a la corona virginal de su martirologio el manojito de siempre-vivas de su honrada admiración. Jamás la religiosidad de Bilbao, como en este caso, estudió con tanta unción una vida ejemplar de renunciamento. Ante el misticismo sincero del joven ideólogo a quien se había acusado de apóstata, de blasfemo, de anarquista y de impío, ya podían sus enemigos abrir los ojos sorprendidamente. ¡Cómo no inclinarse ante la corona blanca de piedad y de amor tejida para la más divina rosa humana que vieran jamás los hombres, por aquel mozo audaz que bien podría hacer recordar al curioso sátiro de Anatole France, que ayudaba a colocar rosas en el altar de una imagen perdida en la montaña!

No es que Rosa de Santa María sea una Santa extraordinaria. Nada de eso. Bilbao buscaba en ella su ideal americano de perfección moral y de sacrificio noble. Parco en vidas de renunciamento nuestro continente hasta ese entonces, no mostraba ante sus ojos otra flor de sacrificio que esa rosa pálida, abierta a la vida en el más humilde y pobre de los hogares. “En el mes de Abril de 1856,—recuerda Bilbao—tiempo venturoso en la perpetua primavera de este país, bajo astros apacibles, cuando todo es calma y pureza en las aguas, cuando la tierra recobra sus fuerzas para ostentar las mara-

villas, flores, y frutos de la primavera, día 30 de feliz memoria, de padres pobres, cerca del convento de Santo Domingo, vino la virgen al mundo". El desenvolvimiento de su vida no presenta nada de extraordinario. Iluminada por la más ardiente de las vocaciones, renuncia a todo, se sacrifica siendo una adolescente, pues su ideal sólo se cifra en servir a Dios y entregarse a él como la Esposa al Esposo bien amado, objeto único de sus cuitas y desvelos.

Despojada de todas sus dudas, tembloroso de emoción, realizando obra de puro poeta, de bueno y altísimo poeta en las mejores páginas de su estudio, Bilbao comenta la Vida de Santa Rosa con fresca unción y beatífica serenidad. No parece sino estar escrita por un monje artista, inquieto y manso de corazón. Como obra de merecimientos literarios son estas de las pocas páginas de Bilbao que se deban recordar con agrado y curiosidad. Su estilo es galano, florido, fresco, ajeno a ese ropaje simbólico y verboso de que tanto abusaba en otras ocasiones.

Pero, ¿cuáles eran las virtudes de la Santa que Bilbao admiraba mayormente? Ante todo su voluntad de sacrificio y su firmeza inmovible de renunciación. Formada en el aprendizaje de la dura disciplina de los santos, ella no quiso ser menos en el

dolor: de muy pequeña comenzó a recorrer su camino de perfección que, como a Santa Teresa, le había de costar horas amargas antes de conquistar el eterno amor del Esposo.

Nunca le asaltó la menor duda a Bilbao, al glorificar la vida de la santa y repasar sus milagros y torturas con amorosa unción cristiana: en su existencia lee el más alto ejemplo de sacrificio y de sus virtudes saca hermosas lecciones de renunciación y de desamor por la vida. Escribe sobre Rosa de Santa María convencido de que su santidad es una determinación divina. ¿Dónde está el antiguo racionalismo de los veinticinco años cuando piensa?: "Tan cierto es, que una vez que despertamos a la luz de lo alto, todo lo demás es poca cosa y pasamos sobre los hechos del mundo con una verdadera dominación". No parece sino que en el elogio de la Santa quisiera probar Bilbao que, en ciertos seres escogidos por la Providencia, el llamamiento divino es más fuerte que todos los atractivos de la vida humana y prima por sobre todas las virtudes morales adquiridas. De aquí que en cierto capítulo del libro hable sobre la necesidad de los santos, pues la disciplina que ellos erigen en norma de sus vidas puede ser un ejemplo extensivo de dominación humana ante la tentación abierta de los siete pecados capitales. "Una santidad viviente—escribe—es una revolución divina que sacude e inicia a

los pueblos, para dar un paso, para describir un círculo nuevo en el génesis de la civilización."

Pero si en "La Vida de Santa Rosa de Lima" la parte moral, como ejemplo y como disciplina, que viene a completar lo que advertíamos antes sobre la perfectibilidad moral basada en la religión que proclama Bilbao, es interesante, lo que hay de pura belleza en esta *Vida* es muy superior a todo lo precedente. Escrita con sencillez y emoción, logra producir la sensación de ingenuidad primitiva que su autor acaso no había puesto en el estudio. Capítulos hay en el libro que, como aquel dedicado a trazar el retrato de la Santa y sus primeros combates, es sereno y bello. El Bilbao orador y poeta se descubre una vez más y se prodiga en puras imágenes. A menudo habla del flúido que el amor hacía saltar de su corazón a su rostro; de su boca que apretaba unos labios delgados que la *habitud a la meditación* había concentrado y que cuando se abrían se asemejaban al arco de la flecha, pronto a lanzar la palabra como el rayo; de sus ojos que eran una palabra de amor y de pureza; de unos piés pequeñísimos que parecían hacerla deslizarse sobre la tierra; del tono de su voz que estallaba como los saltos de su corazón. Estas imágenes del poeta nos dan la medida del entusiasmo sincero con que Bilbao admiraba a la divina doncella y del casto amor de poeta que presidía en su imaginación al escribir su libro. La vida

de la Santa era para él como un espejo de su propia vida: honrado y puro como ella, casto y amante del sacrificio como ella, no pudo encontrar otra fuente más alta donde contemplar el reflejo de sus virtudes. Toda la repulsión que sentía por la vida libertina y todo el horror que manifestaba por la materialidad de las pasiones, constituían también en la vida de Rosa de Santa María las más fuertes normas de su escepticismo. Y Bilbao, al estudiar el martirologio de la virgen, recorría imaginativamente las virtudes de su misma vida, se identificaba con la de aquélla para escribir entonces: "La carne es cosa mudable, accidental y transitoria; su función es servir, recibir a impulsión, ser dominada por la unidad moral, por la luz interna que llevamos". Hé aquí una de las más sinceras confesiones de su vida. Bilbao siempre afrontó el sacrificio y siempre quiso ser la víctima propiciatoria de toda empresa: a haber sido católico, de seguro hubiese sido un santo. Fuera de su tiempo y reaccionando contra él, buscó su santidad en el sacrificio opuesto: ¿quiso ignorar que la primera virtud de la santidad, como la comprende la Iglesia, implica el sometimiento, la humildad y no la audacia y la demolición de las creencias que los hombres crean para los dioses? Sobre una razón antropomórfica descansa la santidad: ¿cómo buscar entonces dicha santidad comenzando por destruir aquello que se creó para ser adorado?

El hondo y luminoso amor del joven ideólogo de la *Sociabilidad Chilena*, por la blanca y casta rosa del Rimac, fué una ardiente pasión mística, un azul amor de ensueño, cuanto más casto y núbil más fuerte. Podría expresarse en aquella gráfica imagen de un religioso de Santo Domingo, quien, al consignar en el Tesoro de las Indias sus apuntes sobre la vida de Rosa de Santa María, escribió: "Toda la fragancia de esta Rosa, era para todos, sólo las espinas eran para sí".

De tal vida y de las palabras de piedad que Bilbao agrega a la biografía de la santa, hemos querido sacar las consecuencias de su religiosidad, de su inquietud y de su sed de perfección moral. Pocas veces en nuestra América compuso un escritor un ramillete de rosas frescas en loor de la divina persona de una virgen más puro y fragante que el de esta corona inmarcesible, escrita para mayor gloria y ventura de Santa Rosa de Lima, por Francisco Bilbao. ¿Quién como él acogió para su glorificación divina hasta las más hermosas pajuelas de la leyenda, con las cuales tejer el nido de su gloria? ¿No recuerda Bilbao, con santa unción, aquella linda conseja que la evoca en dulce coloquio con un ruiseñor? Ella le decía al ave del cielo:

Pajarito ruiseñor
Alabemos al Señor,
Tú, alaba a tu Creador
Yo alabaré a mi Salvador.

Y el ruiseñor respondía con un dulce, tierno y alegre trino. Venía la noche y el ave emprendía el vuelo, la Santa dejaba el alféizar de su ventana para purificar su alma en el cristal de la oración.

Digna hermana es tan bella tradición de las piadosas *Floreccillas* de San Francisco de Asis y de los más puros cantos de aquel poema admirable "La monja y el ruiseñor", en el cual una casta doncella, una monja que había sido princesa, oyó cantar al ruiseñor trescientos años, y, el día que el ave del cielo cesó su trino, ella *murió como un niño que se duerme*.

En buena hora alcance la bendición del arte a estos tres poetas: al Santo de Asis, a Eugenio de Castro y a Francisco Bilbao, que, antes que escuchar las voces de la razón, dieron dulce crédito a la fantasía.

Segundo viaje a Europa

El segundo viaje de Bilbao a Europa es una peregrinación de amargura y desconsuelo. ¡Cuánto habían cambiado las cosas en menos de diez años! Sobre las ruinas de sus antiguas esperanzas fué solamente a llorar sus desilusiones de ogaño como el apasionado peregrino de la leyenda corsa: idos eran los bellos días ardorosos del 48; idos los arrestos de una juventud apasionada; idas las energías de aquellos apóstoles que tronaban contra Roma, contra el despotismo, contra el clero, contra la reacción del imperio. En París reinaba la tranquilidad que impone la fuerza armada después de las victorias. En aquel ambiente de remanso se incubaba una lenta tempestad cuyo primer rayo había de ser el aten-

tado de Orsini, síntoma precursor del oculto descontento que prendía como un reguero de pólvora del Norte del Mediodía de la Francia. En el poder Napoleón III, proclamado Emperador tras el golpe de Estado de Diciembre de 1852, París, otrora asilo de la libertad y del derecho, se transformó en una ciudad bonapartista, en la antigua metrópoli cesárea de los luises. En el destierro Víctor Hugo, Michelet, Quinet y tantos otros apóstoles del liberalismo y de la República, clamaban cual nuevos Exequieles contra aquel usurpador que hizo más profundas todas las escisiones de los partidos, que desencadenó violentas crisis, y que, como digno epílogo del más desgraciado de los Gobiernos, coronó su obra de pequeñez al amparo de la sombra del único Napoleón digno de la historia, precipitando a la Francia en la más vergonzosa de las derrotas.

Grande fué el contraste de opinión que experimentó Bilbao al llegar a Francia por segunda vez. Después de permanecer algunos días en Inglaterra, en cuyo medio encontró tranquilidad y orden, amparado en los derechos de toda libertad cívica, se trasladó a Francia, realizando un viaje lleno de dificultades: en las aduanas le exigen pasaportes; en cada frontera la policía vigila celosamente a los viajeros; en los pueblos que se detiene el orden militar impera. Ya, al desembarcar en Bolonia, todos los pasajeros del vapor habían sido conducidos entre

filas de soldados a la inspección de pasaportes. Por doquiera se advierte el temor, el espionaje, la vigilancia, el ojo importuno del vigilante y del soldado. "Comprendió entonces—escribe su hermano don Manuel—que penetraba en el Imperio".

Desconsolado, triste, llega esta vez a París. Sus amigos de antaño estaban lejos. El maestro muy querido de "Las Palabras de un Creyente", había muerto; Quinet vivía en Bruselas; Arago y Michelet habían sido destituidos de sus cátedras; el pensamiento liberal daba escasas señales de vida. No era, por cierto, tal situación muy del agrado de Bilbao que, una vez más, creyó encontrar en Francia el más seguro asilo, en el regazo mismo de la libertad y junto a sus amigos de otrora. Visita la metrópoli: Montmartre, el Barrio Latino, el Luxemburgo; nada le alegra; el París de sus sueños ha muerto. "Vine—escribe—como un viajero, recorriendo ruinas: aquí se leía antes enseñanza libre, aquí ciencia, aquí juventud, aquí heroísmo, aquí virtud". ¡Tan cierto es que, antes que la realidad misma, nos entusiasma el aspecto con que ésta sabe disimularse: de un marco depende a veces la belleza de una tela, como de una decoración propicia la emoción de un paisaje! Tal se le aparecía París a Bilbao; la ciudad había progresado, pero ya no residían en su seno los maestros de antes: Napoleón III se le presentaba como el peor de los tiranos; y, luego,

la ardiente verbosidad de Víctor Hugo, la voz del poeta, que llegaba del destierro, en interjecciones de ira contra el imperio, exaltaban al ideólogo chileno en su desamor para con la ciudad antes cantada en sus recuerdos.

Pocos días residió en París. Su nostalgia de los buenos amigos de antes le indujo a dejar la metrópoli. El día antes de abandonar para siempre aquella ciudad en cuyo seno florecieron amables años de su juventud, fué a visitar el sepulcro de su maestro bien amado Lamennais. Una pobre cruz de madera indicaba el sitio en el cual sus restos descansaban al amor de la tierra, en la fosa de los pobres. Impresionado, tembloroso de emoción y de sentimiento por aquel ardoroso apóstol de la libertad que alumbró su juventud, publicó entonces las páginas que había comenzado en el Perú, *Lamennais, o el dualismo en la civilización moderna*, pequeña obrita, en la cual Bilbao recorre algunas de las ideas del maestro a través de su *Idea del ensayo sobre la Indiferencia*. En tales capítulos vació todo el caudal de su ya lejano culto admirativo por el solitario de La Chesnaie que un día le revelara su amigo Pascual Cuevas, cuando aún era un muchacho. Desde entonces siguió sus doctrinas y el desarrollo de su obra admirable. En él veía Bilbao ese tan decantado dualismo sobre el cual hacía descansar el edificio de sus doctrinas todas, que al par que no reniegan de la

soberanía de la razón, dan su parte también al culto de Dios, principio de todo bien. En el fondo de las creencias de Lamennais, Bilbao encontraba la exaltación del cristianismo primitivo: la verdad desnuda que estatuyó el Evangelio antes que los hombres la adornasen con los ropajes de sus conveniencias egoístas.

Tres meses antes de morir Lamennais le escribía a Bilbao, a la sazón en Lima: "Penosamente me ha afectado lo que habéis tenido que sufrir desde la vuelta a vuestra patria, fuera de la cual la influencia de una corporación, doquier enemiga de las luces, del progreso y de la libertad, os tiene aún desterrado en este momento. Consoláos y alentáos; sós de aquellos ciertamente que son más envidiables, de aquellos que están destinados a *sufrir persecución por la justicia*. La justicia triunfará, y al estrépito de las maldiciones de los pueblos despertando de su letargo, los perseguidores caerán tarde o temprano, en una tumba infame. Felices entonces los que, en el combate, firmes, resistieron." Cinco meses más tarde, a fines de Abril de 1854, en circunstancias que Bilbao marchaba al Ecuador, desterrado por el Presidente Echeñique, le contesta al maestro: "Permanezco firme en la vía, padre mío; pero cuán grande es la fuerza que se recibe cuando se siente la palabra del maestro! Cuando contemplamos la autoridad de vuestra vida, el resplandor cien-

tífico de la palabra de Cristo, desarrollada por vuestros trabajos, por nuestros actos y por vuestra esperanza, eterna como la verdad!" Y, al finalizar la carta, agregaba: "Tengo la esperanza de veros antes de morir. Si Dios os llama antes que a mí, llamadme. Volaré a recibir la última mirada del hombre a quien yo amo más sobre la tierra. Os abrazo, padre mío". Desgraciadamente, pocos meses más tarde, se nublaban para siempre aquellos ojos serenos, sin que el discípulo alcanzara a tener noticias de la muerte de su padre espiritual bien amado. ¿Qué de extraño es, entonces, el puro, justo y noble afecto de Bilbao? "Vine a Europa—escribía poco después de llegar a París, recordando su visita a Lamennais cuando su primer estada en Francia—lo vi, y desde nuestra primera entrevista me llamó su hijo. Después fué mi consultor y me colmó de confianza". Recién llegado de Italia y poco antes de regresar a Chile, Bilbao visita una vez más a Lamennais, quien le dijo con lágrimas en los ojos: *No olvide al buen viejo*. "Vive en mí ese momento—recordaba Bilbao—cuando enfermo, leyéndome el fragmento sobre la inmortalidad del alma del bosquejo de su filosofía, sus ojos no eran de la tierra, y reflejaban la aurora de la luz divina". Nunca más le volvió a ver. Pero el recuerdo de tan altísimo maestro, jamás se apartó de su memoria. Así, pues, antes de abandonar la metrópoli para siempre, con-

sagró sus últimos pasos, su recuerdo postrero, a aquel hombre que en su vida había puesto nobles, altos y puros entusiasmos.

Partió a Bruselas Bilbao e inmediatamente va en busca de Quinet. Desterrado el pensador de *Ahasverus* en la docta ciudad flamenca, sólo se ocupaba por entero de su labor filosófica. Como en los buenos días de antaño, Quinet le recibe con los brazos abiertos. "Fué una sorpresa para él, pero no para mí—escribía Bilbao.—Está fuerte, tranquilo, sus cabellos han encanecido y sigue trabajando sin cesar. Todos los días nos vemos y todos los días me siento a su mesa. Figuráos nuestras variadas conversaciones. Me ha presentado a los desterrados, sus amigos, profesores, diputados, escritores, hombres todos de los bellos tiempos, que soportan con dignidad y esperanza su destierro. En ellos vive la moralidad ahuyentada de la Francia." Cerca de aquellos desterrados que, como Duprat, Quinet, Dufraine, sobrellevan su dolor superando sus energías, el espíritu de Bilbao se troquela como una coraza y su odio creciente contra Napoleón III se exalta cada vez más. No sólo de él reniega, sino que del mayor culpable de la dinastía, Bonaparte, quien, ante sus ojos, se destaca como el mayor traidor y el mayor asesino de todos los tiempos. Le odia porque ve en él la traición: "Traición a la República, el 18 de Brumario—escribe.—Traición a la República instalando el

Imperio. Traición a la Italia, aboliendo las repúblicas. Traición a Venecia, entregándola al Austria. Traición al derecho de gentes, a la moralidad, a la legalidad asesinando al duque de Enghien. Traición a la humanidad y a las leyes de la guerra, degollando a los prisioneros en Oriente."

Temiendo entonces por el porvenir de América al observar el advenimiento de la tiranía en el país que él creía la cuna de la libertad, se preocupa de volver sus ojos hacia la tierra de los suyos, y reuniendo a algunos de los hispano-americanos, les insta a regresar a sus países, a fin de promover la idea de un Congreso Federal de las Repúblicas que unifique a todos los pueblos en una potente unidad común. ¿Cuál es el primer peligro que Bilbao advina para la independencia republicana de la América Latina? La cercanía de los Estados Unidos le inspira crecientes temores. "La Rusia está muy lejos—escribía Bilbao—pero los Estados Unidos están cerca. La Rusia retira sus garras para esperar en la acechanza; pero los Estados Unidos las extienden cada día en esa partida de caza que han emprendido contra el Sur. Ya vemos caer fragmentos de América en las mandíbulas sajonas del bo magnetizador, que desenvuelve sus anillos tortuosos. Ayer Tejas, después el Norte de Méjico y el Pacífico saludan a un nuevo amo. Hoy las guerrillas avanzadas despiertan el Istmo, y vemos a Pa-

namá vacilar suspendida, mecer su destino en el abismo y preguntar: ¿seré del Sur, seré del Norte?" Desgraciadamente Bilbao no alcanzó a contemplar de cómo se confirmaba este, su fatídico anuncio. Poco a poco sus temores se han ido cumpliendo y, felizmente, hoy llega en buena hora el esforzado Manuel Ugarte a resucitar esa cruzada necesaria del pan indo-americanismo, que Bilbao acarició hace ya medio siglo. "Tenemos un mismo principio—escribía Bilbao—y busquemos aislados el mismo fondo. Sentimos el mismo mal y no unimos nuestras fuerzas para conjurarlo". En las bases propuestas por Bilbao para celebrar dicho Congreso, figuran las siguientes, entre otras: "Presentar un proyecto de Código Internacional, firmar un pacto de alianza federal y comercial, idéntico sistema de pesas y medidas creación de un tribunal internacional que evite las guerras y reduzca al arbitraje las cuestiones de fronteras, sistema de colonización, la delimitación de territorios discutidos".

Nunca se llegó a reunir tal Congreso y nunca Bilbao pensó en la manera de cómo dicho tribunal legislador podría mantener la obediencia a los acuerdos que este celebrara por todas las naciones de la América Latina. Tampoco soñaba Bilbao en que alguna República pudiese oponerse a sus resoluciones o que las naciones de Europa no aceptasen la soberanía representativa de dicho Congreso Fede-

ral. Sin embargo, la idea de Bilbao fué altísima y tuvo franco eco en algunas naciones.

Poco tiempo permaneció en Bélgica Bilbao. Deseaba ardientemente regresar a su hogar en Buenos Aires y ver a su madre, de quien estaba separado hacía ya más de siete años. "Hoy que me acerco a mi madre—escribía—me parece que me acerco a mi patria".

Abandona Bruselas y recorre algunas ciudades de Italia, fortificando su espíritu en la serena escuela de la más pura belleza artística. En Abril de 1857 arriba a las playas argentinas. Tras él quedaba la Francia del Imperio que sus ojos habían visto con espanto y santa ira. La idea del Congreso Panamericano no se aparta de su imaginación, al llegar a Buenos Aires. Persigue en vano aquel sueño de la unidad indo-española que sus ojos no alcanzaron a ver nunca realizado.

XII

Su vida en Argentina

No era nada de estable la situación porque atravesaba la República cuando Bilbao llegó a las playas argentinas. Derrotado Rozas y en el poder Urquiza después de su victoria, un período de tranquilidad permite a la nación rehacer sus fuerzas perdidas. La Asamblea Constituyente reunida en Santa Fe dicta la Constitución de 1853: el orden reina; los servicios administrativos se regularizan; el caudillaje, que Rozas había combatido con mano de hierro, da inciertas señales de vida; el comercio duplica sus guarismos. Pronto, sin embargo, la guerra renace: la provincia de Buenos Aires desconfía de los buenos propósitos de Urquiza; no envía sus diputados al Congreso de Santa Fe y de hecho afir-